

GONZALO CELORIO

ESTATUA DE SAL

(FRAGMENTO DE NOVELA)

DESDE un butacón probablemente color guinda; por encima de la pierna izquierda, que descansa en un taburete de marquetería, don Santiago mira, indiscreto, a Rubencito —quien sigue entronizado en el retrete— con la misma mirada transparente con que otrora se despediera de la Costa Cántabra, pero ahora circundada de abotagamientos. Durante los once años escasos que caminó a tropezones por el primero de sus matrimonios, sufrió la afeción cada vez más insidiosa y más frecuente de la gota, fertilizada por las comilonas y el vino, que nunca menguaron en su mesa, y por el ejercicio desmesurado de la sexualidad en el suyo y otros muchos aposentos. El mal, que comenzó por inflamarle los pulgares de los pies, por endurecerle los tobillos, por congelarle las articulaciones, acabaría por romper las propias leyes de la gravedad. En efecto, la gota, que don Santiago sentía caer en su primera acepción de la rodilla al pulgar del pie; en su tercera terminaría por colmarle, cual generoso surtidor, los codos, el cuello y hasta los lóbulos de las orejas de orines rejegos a la eliminación del organismo. Cuánto más preferibles los dolores del espíritu que los del cuerpo, pensaba don Santiago cuando lo asaltaban los achaques: ese frío de adentro, resistente a las palanganas con agua hirviendo y a las mantas enroscadas; ese dolor que no se soba ni se mima, que no

se apacigua con linimentos ni cataplasmas porque es un dolor del alma misma de los huesos. Los padecimientos de la carne lo envilecían y lo denigraban, mientras que las penas morales, como la viudez reciente, le devolvían una dignidad que hacía muchos años había perdido en una travesía.

Con el cuento de recobrar la dignidad perdida antes de que la gota, como ahora el daguerrotipo, lo inmovilizara para siempre, don Santiago se dio a la conquista de otras tierras, que para eso, gracias a la prodigalidad del Señor, tengo el calabrote bien acomodado en su lugar.

Honorables caballeros del Centro Gallego de la Habana, con los hombros en las orejas, y en la papada una voz extreñida, que salpica a sordos interlocutores: honorables caballeros del Centro Gallego de la Habana, con los hombros en las orejas, y en la papada una voz extreñida, que salpica a sordos interlocutores: honorables caballeros..., dicen que don Santiago abandona la isla por asoluta dinidá; no estaba dispuesto a negociar sus ingenios y sus cafetales con los nuevos conquistadores, esos jóvenes bárbaros que de la noche a la mañana, ayudados por el mismo Lucifer, habían destruido la Armada Invencible, que antaño sólo traicionó el adjetivo de su nombre ante la furia de los elementos y de vulgares piratas —padres de los actuales bastardos— que no respetaron los más elementales códigos de honor, pero que salió victoriosa en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros; no señor, no estaba dispuesto a comerciar con esos lampiños, deslavados, desabridos, nuevos ricos de sonrisa sonsa y de mirada imbécil que habían abrigado la ilusa esperanza de someter al más vasto y dilatado imperio que la historia del mundo hubiera parido ni parirá jamás. Ni dólares ni cañonazos podrían exterminar la lengua, la religión y la cultura de las ínclitas razas ubérrimas, de la sangre de Hispania fecunda, de los espíritus fraternos, de las luminosas almas porque si contáis con todo, yanquis hijos de puta, falta una cosa: ¡Dios!

Otros caballeros menos honorables no dijeron pero sí pensaron que don Santiago emigraba por asoluta cobardía: había envejecido el león castellano —seamos realistas, coño— y su antiguo y espantable rugir se resolvía ahora en débiles maullidos. ¿Dónde pararía aquella sonrisa socarrona de los marines que se orinaban en las fuentes de los parques públicos de la Habana?

A las damas del Centro Gallego las dinidades y las cobardías les tenían muy sin cuidado porque lo asolutamente cierto —decían arrebatándose las palabras unas a otras como si estuvieran en oferta, aumentando cada vez más los decibelios de sus voces zetudas y jotosas— es que Santiago, el pobre, se marcha de la isla porque desde la muerte de Lucía, que Dios tenga en su gloria, si era un ángel la criatura, un encanto, una monada, está que no lo calienta ni el sol de Cuba, que ya es decir bastante.



EL POETA

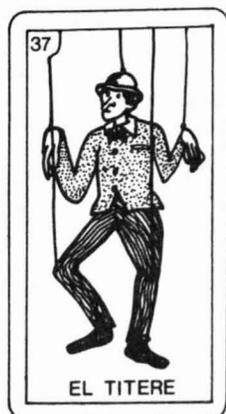
LA MUÑECA

LA VISITA

LA NANA

LA MODELO

EL ANTIFAZ



Pero cómo habría de calentarlo, mujer, con la pena que tiene, con la desgracia, con la deventura. Está deshecho, destrozado, inconsolable. La niña Lucía fue la única mujer a quien amó en su vida. Dicen que la idolatraba y que cuando sus negocios lo obligaban a ausentarse de La Habana le escribía cartas amorosas que terminaban con un círculo mal trazado, abajo del cual se leía *Amada besa adentro de esta rueda porque aquí yo he besado*. La quería mucho... pero la verdad es que se le iban los ojos a la menor provocación. Si todavía es capaz de abarraganarse con la primera negra, blanca o mulata que responda a sus requiebros. Bueno, es que en honor a la verdad, don Santiago fue hombre de una sola mujer pero no de una sola cama. Si dicen que tiene regadas de retoños las seis provincias de la isla. Y que en sus viajes al interior se pasa el tiempo dando bendiciones y haciendo gatatumbas a cuanto chamaco se le acerca por aquello de que coño, quién me dice a mí que este chaval no lleva sangre de mi sangre.

La aspersión de las fecundas calenturas de don Santiago nada tenía que ver con su más verídica pasión. Lucía, a qué dudarlo, había sido la mujer de su vida, tal vez porque nunca acabó de conquistarla: se le escapaba de las manos y de las caricias y de las palabras, y jamás pudo poseerla en cuerpo y

alma al mismo tiempo. El apacible abandono de la niña más tenía que ver con la indiferencia que con la entrega y todos los momentos de felicidad que don Santiago supo procurarle fueron fingidos o disimulados.

Con todos los recursos del énfasis, las damas lunarasas, peinetudas, papadonas, aseguran que don Santiago echa menos de menos a la esposa que a la madre de los críos, cómo se va a ocupar él de las criaturas, es que aunque quisiera no podría, digan lo que digan la madre es insustituible... porque desde la muerte puerperal de la niña Lucía, don Santiago no había hecho otra cosa que lidiar en desigual batalla con el servicio de inservibles sirvientas —si ese es el verdadero problema, ya no son los tiempos de antes, decían las varoniles damas inaugurando frases hechas, moviéndose como peces en el agua, yo no sé qué les ha pasado a éstas, yo no sé qué se han creído, la culpa es de nosotras, por tratarlas como iguales, es que la educación se mama, yo las trato como hijas, y así responden, les da la mano y te agarran el codo, comen de lo de uno, si salen caras por la boca, porque no sólo es la paga, es cama, comida, agua, cariño, mira, yo soporto todo menos la ingratitud, todo menos eso, no se puede con éstas, están destinadas a desaparecer... y de orgullosas nodrizas que exigían consideración de amas y no de siervas que al fin y al cabo amas de cría eran, y que al menor disgusto amenazaban con que se me baja la leche y usted tendrá toda la plata del mundo pero yo no tengo porque andar aguantando sus majaderías y ahora no, señor, aunque quisiera, con la vergüenza que me ha hecho pasar, mire usted, no me queda ni una gota, toque usted nomás... Tantas nutrices llegaron para amamantar a la niña Loreto y tantas se fueron con las jetas en alto y las petacas retacadas, que sumaron cincuentaiseis las nodrizas que pasaron por la casa de don Santiago. Cuando se hubo agotado la leche senil, el flamante viudo no tuvo más remedio que hacerse de una chiva criandera de cuyas ubres mamaba directamente la niña, tal y como consta en una placa, retocada con tal evidencia que más parece dibujo que fotografía, que fue publicada en calidad de tarjeta postal por Ediciones Jordi en un librito de 21 selected views que lleva en la portada el título de *Havana Pictures*.

Lo absolutamente cierto, dice el casi omnisciente narrador de este relato, es que desde la fatal eclampsia de Lucía, en cuyo cuerpo el nombre de la enfermedad confirmó su resplandor etimológico, don Santiago se pasa la vida encerrado en la casona, dando tumbos bastonados por todos los lugares que recibieron la sonrisa de su dueña, para aprehender, no su recuerdo, que se había esparcido sin pudor alguno por todas las habitaciones de la mansión, sino la certeza de su muerte. Don Santiago, quien padecía como es sabido una suerte de daltonismo espiritual por el cual veía todas las co-





sas en blanco y negro, estaba sofocado, ahora, por un sopor enrarecido, enturbiado por la confusión y por la duda. Como la presencia de Lucía nunca había gravitado visiblemente sobre las duelas de la casona ni sobre el bejuco de las mecedoras ni sobre las sábanas de lino, su ausencia, más que romper de tajo con aquella presencia leve y lejana, apenas esbozada, apenas sugerida, venía a prolongarla, con idénticas calidades y texturas, en las evocaciones de Santiago. Su intangible transcurso por la vida no difería de la débil corporeidad que su figura recobraba en los suspiros artificiales del indiano. Santiago no podría olvidar a Lucía, pero tampoco podría hacerse a la convicción de que hubiera muerto. Había dudado tanto de su vida como dudaba, ahora, de su muerte. Por eso perseguía con desesperación la nostalgia, que se le escapaba del corazón apenas alcanzada, quitándole la efímera certidumbre de que Lucía estaba muerta de verdad y para siempre. Sólo de labios para afuera decía joder, cuánto más preferibles los dolores del cuerpo que los del espíritu, mientras trataba, inútilmente, que le estrangularan el ánimo las huellas que Lucía había dejado en las lunas del ropero, en el agua de colonia, en las iniciales de las sábanas solitarias. Con la poca suavidad y nula calma de que eran capaces las yemas ásperas de sus dedos y el hervidero

del temperamento, Santiago acariciaba los encajes de Bruselas de la bata de Lucía, rascaba el interior de las zapatillas, manoseaba, apretaba, estrujaba, olía, besaba, babeaba, mordía las prendas íntimas pero sin llegar a sentir la excitación del dolor, coño, no sé qué me sucede, creo que me estoy poniendo viejo, decía extenuado, e inmediatamente se enderezaba tanto como se lo permitía la gota, respiraba profundamente, hasta la tos, echaba para atrás los hombros, que era la única manera que tenía para sacar el pecho y, temeroso de quedar convertido en estatua de sal por andar volteando la cabeza a los recuerdos, volvía a poner los ojos en el mar.

Flanquean a don Santiago, en el daguerrotipo, sus dos hijos varones, Bernal y Severino. Quién habrá sido el primero que tuvo a bien ponerle a un hijo suyo el nombre de Severino, cuya terminación frágil y tierna debilita y aun contradice su principio austero. Sólo un padre en la historia pudo cometer este desaguisado libremente. Todos los demás, de seguro, tuvieron que supeditarse a las presiones emotivas de la tradición inaugurada por aquél: Severino, como su padre; Severino, como su abuelo; Severino, como su tío; Severino, como su padrino. Sólo así. Severino era el nombre del anciano de la Costa Cántabra, a quien Santiago no volvió a ver desde aquella mañana tan distante en que abandonó el poblado terregoso para buscar fortuna en América: *Trabaja, trabaja, que nunca te encuentren dormido en el lecho las luces del alba*. Cuando nació el primogénito y Lucía, al verle los testículos, que le llegaban a las rodillas, sintió saldada la cuenta pendiente de su primer parto —el de la niña Refugio—, Santiago, antes de ver el bultito inflamado y seboso, dijo éste es Severino, Severino Salas, sí señor, como mi padre, como su abuelo, no faltaba más. De haberlo visto, habría comprendido que el susodicho primogénito no valía ni un plato de lentejas. Esmirriado y lacio, como se ve en la fotografía al lado de don Santiago, no parece el primer heredero varón de una estirpe recién fraguada (a fuerza de negocios no siempre higiénicos y de postizos apellidos), sino, famélico y prógnata, extrañada la mirada, traslúcido el pellejo, el último descendiente de la casa en franca decadencia. Aun así —o quizá por eso—, Severino pasaría a los anales de la historia de México como héroe revolucionario, muerto criminalmente por las hordas del traidor en el más recrudescido de los días de la Decena Trágica, y sería venerado por tropas y caudillos, y exaltada su memoria en historias patrias, discursos políticos y celebraciones oficiales.

Al pie derecho de don Santiago, en un taburete paralelo al que le sirve de apoyo a la hinchazón siniestra, Bernal sonríe, más que con los labios, con las mejillas regordetas, marcadas por dos hoyuelos pícaros y con los ojos inteligentísimos. Es hermoso. No hurta, sino hereda, la elegancia de Lucía y el desplante de Santiago. Este debe ser mi papá, musita Rubencito desde el excusado.

